

la mayor parte de los cristianos no quieren tenerse por tales, únicamente en lo respectivo á la fe, que profesan, sino tambien en órden á las pruebas manifiestas de muchas acciones virtuosas en que se ocupan, como la de concurrir á los sagrados templos, la de asistir á los oficios divinos, la de hacer oracion á Dios, la de honrar sus santos, y otras semejantes. Y, á la verdad, si tales obras las ejercitasen muchos cristianos con una frecuencia laudable, y con aquel espíritu devoto de religion que es debido, nada tendria yo que replicar; más el ver, por una parte, tales acciones, loables y sacrosantas en sí, practicarse por muchos, no solo raras veces, sino asimismo sin ningun sentimiento interno de religion y de piedad; y el verlas, por la otra, unidas las más veces en un mismo sugeto con la más escandalosa disolucion y la más lastimosa y desarreglada vida, hace, que yo insista siempre en asegurar, que son pocos, pocos los cristianos, aun en el mismo cristianismo, ó por mejor decir, que en vez de intitularlos más con este nombre, que les es tan impropio, me parezca no deber nunca aplicárseles otro, sino el que se leia estampado en la frente de aquella extraña y portentosa mujer, que pinta san Juan en su Apocalipsis. Yo os la daria de buena gana á conocer en la pintura que hace de ella el Apóstol, esto es, en su vano y pomposo adorno, en su modo de andar altivo y soberbio, en sus acciones lascivas y descompuestas, y así, en una sola, vendriais acaso á reconocer otras muchas; más para no dilatar me, me contentaré con dáros la á conocer solamente por su nombre. Llamábase esta mujer Misterio: *Et in fronte ejus nomen scriptum: Mysterium. Apoc. xvii, 5*; y tal es justamente el título que mejor convendria, en mi dictámen, á tantos, que se llaman cristianos. Un misterio eres y no un cristiano, hermano mio, tú, que en una horrible mezcla de oraciones y de distracciones, de ultrajes á los pobres y de limosnas, unes á un tiempo obras de piedad y obras de iniquidad, visitas de santos y visitas de ídolos, rosarios y rezos en los labios, y soberbia y veneno en el corazon. ¿Quién ha de entender esto? Misterio, misterio. Misterio y no cristiana eres tú, hermana mia, que te dejas ver por la mañana tan devota en la iglesia, y por la tarde tan adornada y vana. ¿Tú eres cristiana? Misterio, sí, misterio que no se entiende. Escríbetelo en la frente. Y porque quizá en esta materia tendreis por sospechoso mi parecer, recurramos, señores míos, al de aquellos que pueden haber tenido una idea más perfecta y exacta de la verdadera esencia del cristiano. Más ¿quiénes son estos personajes de tan fino y delicado discernimiento? Aquellos hombres antiguos y venerables que celebra la Iglesia; aquellos hombres, que no solo la edificaron en gran parte con

sus santos ejemplos, sino que tambien la ilustraron con doctísimos libros, y la conservaron y defendieron siempre con sus excelentes y sabias plumas de los improperios y calumnias de sus contrarios. Y ¿qué juicio formaron de la esencia del cristiano, unos hombres de tanta y tan incontrastable autoridad? Todos ellos, de comun acuerdo, aseguran, que debe resplandecer en un cristiano tal santidad y tal inocencia de costumbres, que solo el concurrir á ciertos pasatiempos algo indecentes, se reputaba entre ellos por un sacrilegio igual al de ofrecer victimas á los ídolos; y solo el asistir á algunos espectáculos, se tenia y consideraba como si se abjurase abiertamente la Religion y la Fe: cuyos espectáculos se vedaban á los cristianos, no tanto porque servian de escuela á la supersticion é idolatría, cuanto porque tambien servian de escuela y fomento á la impureza. Dicen, que el principal indicio para distinguir quién era de su número, y el más poderoso argumento para defender de los gentiles la Religion cristiana, eran la inculpable vida y la irrepreensible conducta de cualquiera que la profesaba.

Considerad ahora, si los que sentian, hablaban y escribian de esta manera, hubieran tolerado que se reconociese á nadie por cristiano, únicamente por una señal de cruz muy mal hecha en la cara, por un rosario ú oficio parvo que tal vez tomase en sus manos, ó por doblar un poco las rodillas en el templo, mientras que, por otra parte, fuese iracundo, soberbio, vengativo, desarreglado y lascivo, y estuviese contaminado y manchado con todos los vicios más propios de un ídólatra. Considerad asimismo, si hubieran tolerado jamás, que se tuviese por cristiana á aquella mujer altiva, tan amante del fausto y de las galas; que se tuviese por cristiano á aquel hombre avaro, tan engreído con el comercio y los intereses; á aquel jóven mole y afeinado, tan amante de las diversiones y de los placeres mundanos. ¡Ah! dirian todos, no por cierto, no los reconocemos por cristianos; y por más que vosotros los llameis así, no lo son en ningun modo.

Está muy bien, padre; pero con todo (me replicarán tal vez algunos) no quisiéramos que confundieseis las cosas; porque si del número de los cristianos excluirian aquellos grandes hombres á los que cometiesen ciertos gravísimos excesos, indignos, á la verdad, de un cristiano, y que nosotros condenamos los primeros; ¿creeis, que habian de excluir igualmente á otros por meras bagatelas, como las modas, los bailes, las conversaciones, las diversiones, la pompa y la magnificencia, segun parece suponeis al presente? Consideradlo bien, no sea, que mientras quereis con razon hacernos cristianos, querais hacernos sin ella religiosos y monjes. En suma, es necesario que dis-

tingais entre un cristiano en el mundo, que, por consiguiente, debe conducirse en muchas cosas segun las máximas ó costumbres del mundo, y un cristiano fuera del mundo.—Estoy hecho cargo, oyentes míos; y para responderos bien, os pregunto, en primer lugar: ¿hacian tal distincion aquellos doctos y venerables personajes que hemos citado, los cuales, hablando y escribiendo del cristiano en general, y como de un mero cristiano, escribian y hablaban segun habeis oido?

Y aun cuando yo os conceda, como desde luego os lo concedo, que se debe distinguir entre un cristiano en el mundo, que vive precisamente en el mundo, y un cristiano fuera del mundo; ¿podré nunca concederos, que se debe igualmente distinguir entre éste y un cristiano del mundo, y que vive segun el mundo? Dios me libre de pensar, que puede haber cristiano que sea del mundo, y que obre y viva segun el mundo. No lo hay por cierto, católicos, ni para probar esta verdad se necesitan más jueces ni testigos, que vosotros mismos. Declarad, pues, vosotros, declarad, ¿si habeis podido entrar en el cristianismo, ó si podrá hacerlo jamás ningun otro, sin haber hecho antes una solemne y total renuncia del mundo, y de las pompas y vanidades del mundo? Traed esto ahora á la memoria, y confesadlo delante de estos sagrados altares, y de estas imágenes santas. Antes que atravesaseis el sagrado umbral, os preguntó el ministro de la Iglesia, en nombre de la Iglesia misma, si renunciabais al mundo; y vosotros respondisteis, que renunciabais, ú otros lo prometieron por vosotros. Con tal promesa solamente os abrieron el templo los sagrados ministros, y os introdujeron en él; con semejante condicion os han puesto en su catálogo los fieles de Jesucristo; y con tan solemne juramento, y no de otra manera, se os comunicó la gracia del bautismo y de la regeneracion. Esto supuesto, decidme por vida vuestra: ¿creeis, que renunciando al mundo, habeis renunciado á vosotros mismos? ¿qué habeis renunciado por ventura las habitaciones, las casas, los materiales edificios de esta vuestra patria, ó más bien, todo trato y comercio con los hombres, para iros á ser ermitaños á las soledades y á los desiertos? No, á la verdad; ni lo uno ni lo otro; y vosotros mismos no lo entendeis así. Habeis renunciado, pues, las costumbres del mundo, las máximas del mundo, la corrupcion y disolucion del mundo; los artificios, diversiones y locuras del mundo; las falsas opiniones de aquellos licenciosos y disolutos, que forman propiamente el mundo; en una palabra, todo lo que es mundo y se comprende bajo el nombre de mundo, concupiscencia de ojos, concupiscencia de carne, y soberbia de vida. Hé aquí qué y cuanto, renunciando al mundo, renun-

ciasteis vosotros. Y ¿podiais acaso no someteros, y de muy buena voluntad, á tan pública y solemne renuncia, cuando en el acto mismo de ser ensalzados en el sagrado bautismo, con el alto honor de cristianos, fuisteis asimismo ensalzados con el honor de hermanos de Jesucristo?

Así es, fieles míos: este amable Señor, que tomando carne humana, no se desdeñó de familiarizarse con los hombres; este Señor, que quiso ser considerado como el primogénito entre muchos de ellos, que son los cristianos; este Señor, pues, en el mismo punto que os puso en el número de los demás secuaces suyos, os admitió y elevó á la divina fraternidad. Pero al mismo tiempo, ¿con qué obligacion no os gravó tan rigurosa é indispensable, sobre la cual seguramente no reflexionais jamás? Si este nombre *hermano*, no quiere decir otra cosa, en buen lenguaje, que ser casi otro, el Señor os obligó, pues, á ser casi otro él; casi otro Jesús en el aspecto, y en el porte; en las expresiones y en las palabras; en las acciones y en las obras; en toda vuestra vida. Tal debe ser quien, por el carácter de cristiano, ha llegado á ser casi otro Jesús. Si no sois así, si tales lineamientos no se ven en vosotros, ó por mejor decir, son enteramente desemejantes y diversos, si por ninguna señal puedo reconoceros por hermanos de Jesucristo, ¿cómo, pues, os preguntaré, podré conocer que sois fieles? Forzoso será que, alzando la voz, concluya y diga sin temor de que tengais nunca que responderme: cristianos, ó mudar de nombre, ó mudar de costumbres.

2. Acaso nadie ha explicado mejor el verdadero carácter del cristiano, que quien, aplicando al cristiano mismo aquel célebre elogio, que hasta ahora solo ha sido propio de los romanos, dijo, que debia ser mucho más propio de los cristianos; esto es, hacer y padecer cosas grandes: *Agere et pati fortia christianorum est*. En efecto, así es, mis amados oyentes; ésta es, á decir verdad, la idea más conveniente y más justa que puede formarse de vuestra profesion. No tiene duda, que para la ejecucion de semejante idea, se requiere cierta superioridad de ánimo, cierta grandeza y magnanimidad de alma, que no puede esperarse, ni solo de las fuerzas de la naturaleza, ni únicamente de los principios de la filosofia. Otros han de ser los medios, otras las causas, otras las fuentes de donde ha de derivarse este espíritu generoso. Y ¿qué? ¿nos faltan, por ventura, estas fuentes, ó no han faltado jamás en la Iglesia? Reflexionad algun tanto sobre vosotros mismos, pues, á fin de que os conozcais mejor, quiero ahora iluminaros con un bello caso de la historia eclesiástica.

En la persecucion del cruelísimo Dunaam, fueron muertos de una

vez bárbaramente en un campo muchos confesores de Jesucristo; y cuando aun humeaba su fresca y espumosa sangre, llegó allí corriendo muy fatigada cierta mujer cristiana. Apenas se presentó en el campo, besó infinitas veces aquellas preciosas reliquias de las víctimas sacrificadas. Despues, habiendo tomado con sus manos de aquella sangre todavía caliente, se untó y frotó bien con ella toda á sí misma. Hecho esto, y confesando en alta voz ser cristiana, se volvió intrépida al tirano, el cual, habiéndola mirado con ojos torcidos una y dos veces de piés á cabeza, y habiendo visto aquellas señales de sangre que le mostraban bien claro lo acaecido, la condenó al fuego sin dilacion. Hermanos míos, aprendamos de santa Blandina la respuesta que debemos dar á todas las persuasiones de los que quieran seducirnos. Yo soy cristiana, dijo ella, soy cristiana. Yo soy cristiana, digamos tambien nosotros, y así ¿cómo te atreves, oh carne, á lisonjearme con tus dulces instigaciones? Yo soy cristiano, y así ¿para qué me importunas, demonio, con tus sugerencias? ¡Oh respuesta, que allana todas las dificultades, que desvanece todas las oposiciones, que santifica la tierra y que consuela al cielo! Así sea.

Pasajes y figuras de la sagrada Escritura y autoridades de los santos padres. Véase: CRISTIANO.



CARACTERES

DEL ESPÍRITU DE DIOS Y DEL MUNDO.

Nos autem non spiritum hujus mundi accepimus, sed spiritum qui ex Deo est.

Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el espíritu que viene de Dios.

(1. Cor. II, 12.)

El espíritu de Dios y el del mundo, dice S. Agustin, forman acá en la tierra dos ciudades, Babilonia y Jerusalem, y cada una tiene sus leyes, sus máximas, sus ciudadanos; y habiendo sido fabricadas en la tierra, desde el principio del mundo, siempre han separado invisiblemente, y á los ojos de Dios, los hijos del cielo de los del siglo. Estos dos espíritus dividen todo el universo, las ciudades, los imperios y las familias: se hallan en todos los estados, entre los grandes y entre el pueblo; en todos los lugares, en el mundo y en el retiro, en la córte y en los claustros. Vosotros, que me escuchais, seais quien fuereis, sois ciudadanos de una de estas dos ciudades, esto es, sois, ó de Babilonia, ó de Jerusalem; estais animados, ó del espíritu de Jesucristo, ó del espíritu del mundo; y el estarlo á un mismo tiempo de ambos es imposible, dice Jesucristo: aun más imposible es el no estarlo de ninguno de los dos; nadie puede dividirse entre los dos, ni dejar de ser de alguno de ellos; y como es necesario que el uno domine en nuestro corazon, tambien lo es el que sea dueño de él, ó el amor del mundo, ó el de Jesucristo.

Este es el estado de todos los hombres; todos hemos elegido uno de estos dos partidos; es verdad, que aun estamos confundidos con unas exterioridades que nos son comunes; con unas obligaciones exteriores, que todos igualmente cumplimos; con las necesidades corporales, á las que aun estamos todos sujetos: pero un espíritu invisible nos distingue y nos separa, y tenemos dentro de nosotros mis-